

# I

## UN NUEVO CURSO ESCOLAR

Lunes, lunete...

Después de un divertido fin de semana y para mi desgracia llegó el lunes. Amaneció lloviendo, cosa que es bastante normal en esta tierra cántabra y en Laredo, uno de los municipios más bonitos de la cornisa oriental de Cantabria, donde tengo el orgullo de vivir con toda la prole (padres, abuelos, tíos...). El pueblo o villa es marinero y cuenta con una población cercana a los 14.000 habitantes. Vive de las fábricas de anchoas, del sector servicios y del turismo, que en verano hace triplicar su población. Tiene una bonita playa conocida por el nombre de "Salvé", a la que acudimos los escasos días en los que nos lo permite "El Dios Sol". Sin embargo, esto no sucede con la frecuencia que los pejinos desearíamos, porque, como todo el mundo sabe, el norte es de clima lluvioso. A pesar de todo mi tierra es preciosa y algunos parajes están todavía en estado salvaje y natural y se parecen a los escenarios mágicos, donde se desarrollaban los grandes torneos, las grandes luchas entre los nobles caballeros del medioevo. Recorrer muchos de los pueblos cántabros es reencontrarse con nuestras raíces, con nuestra historia.

Pertenezco a una asociación que estudia el folclore y las tradiciones más ancestrales (esta palabra la utiliza un profesor). Dentro de ella hay poetas de esos que recitan con el corazón y que conmueven:

"De la madre naturaleza nació Cantabria.  
Que pronto creció y se embelleció.  
Con el transcurrir de los años,

conoció a un elegante gorrión.  
Con él se desposó en presencia de toda la nación.  
De su mutuo amor surgió Santander,  
con muchas villas de historia y pasión.  
De entre ellas Laredo para los pejinós  
es la de más poderío y mejor tesón;  
porque guarda un tesoro de valor  
y lo hace con mucha devoción.

El oro marino es una de las principales riquezas,  
no sólo de esta villa,  
sino de alguna más de alrededor.  
Duerme en el fondo de un mar bravío y  
nos ayuda a nuestra manutención.  
Nuestro oro no es amarillo,  
sino oro que corre y salta y vuela.  
Oro que hemos de apresar con redes,  
capturar y transformar.  
Ese oro viaja por todos los mares del mundo,  
pero viene a nuestra costa a descansar.  
El oro nuestro se puede saborear,  
degustar y paladear.  
Su fama es tan inmensa que ha traspasado las  
fronteras del más allá...”

Yo trabajo y participo en un taller de poesía y prosa poética y me encanta escribir sobre las bellezas naturales de mi pueblo y de mi comunidad. Pero esto formaría parte de otra novelita y no de la de ahora.

Pues aquí es donde transcurre mi vida y todas las historias.

Pi, pi, pi, pi... A las 7:30 de la mañana sonó el despertador y, como es habitual, no me apetecía en absoluto madrugar, pero no quedaba más remedio. Me vestí a toda prisa, desayuné y, cual alma que lleva el diablo, corrí

un buen trecho para no llegar tarde, según acostumbraba, a clase. A las 8:35 del día 22 de septiembre de 2006 entré por fin al instituto y para empezar con "muy mala leche" tropecé por los pasillos con la dichosa Conchi, que me miraba siempre con esos inaguantables aires de superioridad; por algo decíamos que era la "estúpida y la pija" del centro. Se comportaba como una chula, listilla y siempre nos restregaba por las narices el dinero que tenía.

—Pero, ¿es que no habéis subido nunca a un avión? —preguntaba, la muy estúpida, con expresión de sorpresa—. ¡Santo Dios! Yo he volado unas veinte veces y vivo también en una casa fenomenal, con trece habitaciones y cinco cuartos de baño —nos contaba la muy borde—. Apostaría lo que fuese a que en vuestra casa, si tuvierais dos cuartos de baños, os daríais con un canto en las narices.

—Eres una cretina inaguantable —contestó Paula— y es más, siento unas tremendas ganas de darte una buena bofetada; pero ahora estoy entrando en la edad del pavo y debo comportarme como tal... ¡Qué lástima! Me gustaría propinarte una buena sartada de "hos...", porque eso es realmente lo que te mereces. Debes aprender a respetar a los compañeros sin tener en cuenta si son ricos o pobres y dar gracias a la vida por ser más afortunada que otros —añadió Paula, con una seguridad que nos dejó a todos con la boca medio abierta.

Después de esta charla subliminal tropecé con Celia, la hippie, que me saludó diciendo:

—Paz hermana, ¿vienes a clase?

Íbamos hacia el aula de Lengua y nos unimos a Paula y Marina, que nos estaban esperando muertas de aburrimiento. Me senté en una de las últimas mesas para poder charlar tranquilamente con ellas. Mientras la profesora explicaba por cuarta vez la lección, yo observaba los moratones y heridas de la que parecía las más fuerte del

grupo y que no era otra que Paula. Ella era, según los rumores, una niña maltratada, porque debía vivir con un padre alcohólico que perdía la conciencia de la realidad y que, de vez en cuando, le daba buenos manotazos y golpes; ¡el muy desgraciado! lo hacía sin piedad.

Parecía que su vida no había sido nada buena y que había sufrido mucho. De pequeña un buen día su madre se largó de casa sin dejar rastro y ella quedó a cargo de ese hombre, al que llamaba padre, por llamarlo de alguna manera, porque actuaba más como una bestia que como un ser humano. Se quedó con una niñita a su cargo y, como no sabía cuidarla, acudió a un orfanato de monjitas que vivían en un pueblecito cercano a Laredo. Allí, delante de la Madre Superiora lloró a moco partido por el abandono de la esposa y porque no sabía cómo cuidar a una niña tan pequeña. La Superiora incluso lloró conmovida por el relato de ese desdichado. Sin decir palabra se levantó para mirarla. La chiquitina, envuelta en una mantilla bastante sucia y vieja, intentaba sacar su carita y le sonreía. La Superiora con un fuerte instinto maternal la cogió en sus brazos y la abrazó fuertemente. A partir de ese momento Sor Asunción se ocupó de ella y adoptó por muy poco tiempo el papel de segunda madre.

Al otro lado del aula estaba nuestra Marina, la delegada, muy maja y hasta enrollada, pero demasiado charlatana; se sentía feliz en cualquier parte. Nadie reía tanto como ella. En todo momento estaba dispuesta para hacer bromas o travesuras. Era la típica que no se callaba ni debajo del agua.

La mañana iba avanzando de una manera un tanto monótona y bastante aburrida. Afortunadamente llegó el recreo y salimos corriendo en estampida, como si fuéramos salvajes, hacia el banco para coger un sitio.

Allí entre el guasón y teatrero de Aníbal y Mario me pillaron por banda y me contaron un chiste, por cierto,

malísimo, con el que se estuvieron riendo antes de contármelo, mientras me lo contaban y después de contármelo:

—Van dos por tres caminos y el del medio se pierde –lo decían entre carcajadas.

Me quedé con cara de asombro por la poca inteligencia que mostraban esos dos “seres”, por llamarlos de alguna forma.

Aníbal y Mario dedicaban su vida a vacilar al personal, pero bueno, si así eran felices...

La semana anterior habíamos acudido a visitar la Neocueva de Altamira, que es una reproducción exacta de la cueva prehistórica, y allí los dos elementos anteriormente descritos aprovecharon el tiempo para guasearse de los compañeros, profesores y guías:

—Señorita, si los hombres y las mujeres tenían ganas de cagar (con perdón), ¿dónde lo hacían?

—Señorita, ¿cómo ligaban esos barbudos?

—Señorita, ¿podían hacer fuego con los pedos que echaban?

La guía, muerta de risa, no sabía qué hacer para tenerlos callados y la tutora, aburrída de las petardecas que salían de sus boquititas, se enfadó muchísimo y los castigó un mes sin patio.